

MENGHIN, OSVALDO F. A.: *El Altoaranaense*. En "Ampurias", vol. XVII-XVIII, pp. 171-200. Barcelona, 1955-1956.

Como en todos sus trabajos, Menghin no se contenta con la simple descripción de un grupo cultural o arqueológico investigado, sino que lo proyecta en el más amplio marco ecuménico. Llevado por el estudio de las conexiones de los grupos caracterizados por artefactos de trabajo bifacial del tipo hacha, abordado antes que en éste en un trabajo aparecido en 1949 (*El Tumbiense africano y sus correlaciones mundiales*, en "Runa", t. II), parte del análisis de un grupo de artefactos de dicho tipo efectuado en un viaje de estudios por la hoy provincia de Misiones a fines de 1950, para llegar a su integración en la gran cadena de "culturas plantadoras miolíticas del hacha de mano" existentes a fines del Pleistoceno y en el Postglacial desde el Congo hasta el Brasil meridional, con intrusiones e influencias hasta Europa, por un lado (Campiñense), y la Pampa y la Patagonia, por otra (aquí, en el temprano y medio Postglacial). Del *Altoaranaense* se habla en el artículo especial sobre el poblamiento prehistórico de Misiones que se publica en este mismo tomo, por lo que no lo haremos aquí. Menghin demuestra su probable edad tardío o postglacial, época en que la zona era más bien una sabana que una selva como hoy día. Su concepto histórico-cultural, alimentado por su gran erudición, le permite cerrar la cadena demostrativa relacionando al Altoaranaense con la cultura de Lagoa Santa y parte de los sambaquí antiguos, y de este modo con la raza láguída, emparentada con la melanesia, cuya "vinculación con el hacha de mano es manifiesta" (p. 196). Descendientes biológicos y culturales de los hombres de Lagoa Santa son los del grupo Ge, cuya agricultura primitiva no puede ser atribuida a influencias amazónicas, como lo recalca Lowie. Su raíz debe hallarse en el mismo fondo cultural que, ya en el tercer milenio a. C. supo "preparar el camino" y asimilar el cultivo del algodón (llegado desde la cuenca del Océano Indico) descubierto por Bird en Huaca Prieta.

Menghin nos da aquí, una vez más, una magistral lección de Prehistoria.

J. S.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX: *La Boleadora. Sus áreas de dispersión y tipos*. Revista del Museo de la Universidad de La Plata (nueva serie), t. IV, Sec. Antropología. pp. 133-292. La Plata, 1953.

El conocido arqueólogo argentino Dr. Alberto Rex González, nos ofrece con esta publicación otro de sus valiosos aportes que siempre con-

tribuyen a ensanchar el campo todavía vastísimo en las investigaciones de la Ciencia del Hombre en nuestro país.

Obra de esta naturaleza, es sin duda de significativo valor, tanto porque encara un aspecto hasta ahora poco tratado en el campo de la arqueología argentina, cuanto por la obra en sí, que puede ser considerada como la más completa, en su género, aparecida hasta la fecha. Ya nos dice el autor que son muy escasos los trabajos en que se haya estudiado la interesante arma indígena que conocemos con el nombre de boleadora, y remonta los primeros antecedentes de estas investigaciones al año 1915, cuando el antropólogo alemán Georg Friederici se ocupa del tema y cuyas conclusiones fueron recogidas y reproducidas en nuestro país por el Dr. Lehmann Nitsche en su publicación de 1918: "Costumbres nacionales. El origen de las boleadoras y del lazo", la que a su vez dió pie a la monografía que el Dr. Martiniano Leguizamón publicara en el año 1919 con el título: "Etnografía del Plata. El origen de las boleadoras y del lazo". Estos ya lejanos antecedentes no fueron retomados posteriormente por especialistas; salvo en ocasiones aisladas, han aparecido algunos artículos sobre el tema, pero sólo desde el punto de vista folklórico. Sin embargo, en trabajo muy reciente, nos sigue diciendo el autor, el Dr. Alfredo Métraux ha publicado en el *Handbook of South American Indians*, t. V (1949), su breve artículo sobre las "Bolas".

Atento a estos escasos antecedentes, y frente a la disparidad de criterios en cuanto a la nomenclatura y terminología que se usa al tratar el tema y con el afán de establecer una clasificación racional de las numerosísimas piezas encontradas en yacimientos arqueológicos de la República Argentina y dispersas en museos y colecciones privadas, han llevado al Dr. A. Rex González a realizar este trabajo, que en honor a la verdad cumple en forma brillante con los fines que se ha propuesto: proporcionar al arqueólogo un estudio sistemático destinado a servir de base para establecer los tipos y distribución geográfica de esta arma indígena y del gaucho argentino, lamentando no poder clasificar su sucesión temporal por la carencia de estudios estratigráficos en nuestro país.

Las bases y punto de partida de este estudio son las distintas colecciones particulares y las que hoy se guardan en los Museos de la Universidad de Córdoba y de La Plata, además de las informaciones históricas y etnográficas, imprescindibles a tener en cuenta para no caer en errores de interpretación. Pues siendo estas piezas de confección simple, que afectan variadas formas o pudieron tener muy distintos usos, sólo con la contribución de estas últimas disciplinas, más el cuidadoso examen de hallazgos arqueológicos se puede determinar con precisión el verdadero valor funcional de las llamadas boleadoras.

No escapa al Dr. A. Rex González el sano criterio de reconocer, en un trabajo que pretende abarcar la distribución tipológica de la bo-

leadora, no sólo en la región del Plata, donde con mayor ahínco ha investigado, sino en las distintas partes del mundo, que muchos aspectos no quedarán plenamente esclarecidos, pero sí deja abierto muchos planteos e interrogantes, esperando que estudios complementarios de especialistas de otras regiones en donde esta arma se encuentra todavía en uso puedan contribuir a resolverlos.

El trabajo está estructurado en diez capítulos. El primero de ellos nos informa sobre las variedades y forma de manejo de la boleadora, distinguiendo, de acuerdo con sus funciones específicas, las llamadas impropiaemente "bola perdida", empleada preferentemente para la lucha cuerpo a cuerpo y cuya área de dispersión arqueológica se encontraría en Uruguay y Patagonia. En cuanto a las boleadoras de dos bolas, ya la información histórica nos ilustra que fue usada en la llanura pampeana en época de la conquista. La de tres piedras era conocida en la región andina desde tiempos precolombinos, adoptadas más recientemente en la llanura pampeana con las denominaciones de: "potreras" o "guanaqueras" según el fin a que se las destinaba.

En el capítulo segundo: "Taxonomía", luego de darnos las bases metodológicas para su clasificación, nos describe el autor los grupos fundamentales en que se puede distribuir el material arqueológico, observando que una clasificación en términos absolutos de agrupaciones tipológicas por ahora no es posible porque faltan los estudios que puedan indicar con claridad el aspecto temporal de los tipos y el de los contextos culturales a los que pertenecen.

No cabe en los términos de una reseña hacer una descripción de los tipos fundamentales, caracteres morfológicos y las premisas tenidas en cuenta para esta clasificación que nos ofrece el autor, pero no podemos menos que manifestar que ella es minuciosa y prolija, delimitando sus áreas de dispersión y en algunos casos su identificación con el grupo étnico que distribuyó un tipo definido. Completa esta clasificación una larga lista de piezas típicas con su procedencia, colección, dimensiones, peso y material, además de gráficos explicativos y mapas con la distribución de los tipos más representativos.

El capítulo tercero se refiere a los pueblos y tribus que usaron la boleadora en la República Argentina. Es evidente que el autor tropieza aquí con serias dificultades para poder determinar con precisión el camino seguido por un instrumento tan particular como el que le ocupa, cuando se carece de estudios suficientes que muestren los cambios y la evolución de las culturas aborígenes en un área determinada. Así plantea el difícil problema de pretender buscar la correspondencia entre el material arqueológico y las informaciones históricas, haciendo notar los inconvenientes que acarrea pretender interpretar todo material arqueológico por medio de la información histórica, lo que trae como consecuencia un abandono completo de la búsqueda de elementos tendientes a mostrarnos la sucesión de las culturas y sus distintas peculiaridades

en el tiempo; vale decir que para una seria taxonomía arqueológica es imprescindible el aporte de la estratigrafía y sólo cuando estudios metódicos y exhaustivos de la arqueología del país nos proporcionen una visión amplia de la sucesión de las culturas, se estará en condiciones de establecer tanto la distribución geográfica como el origen y difusión de cada tipo, aún en distintas épocas.

Hechas estas consideraciones el autor nos presenta un cuadro bastante completo de los núcleos aborígenes de la República Argentina que utilizaron la boleadora en tiempos históricos. Afirma también en este capítulo, en base a testimonios arqueológicos examinados, que el uso de la bola en Patagonia se remonta a una antigüedad mínima de cuatro milenios, en oposición a lo que tradicionalmente se ha afirmado de que este elemento cultural, conjuntamente con otros, llegaron del norte muy recientemente, como el caballo y el complejo de bienes que lo acompañaban, y que las tribus meridionales habrían aculturado rápidamente. De la misma manera duda de la alta antigüedad de la boleadora en la Provincia de Buenos Aires, concepto éste que se ha mantenido en los círculos científicos partidarios de la autenticidad y antigüedad de los hallazgos de Miramar y Monte Hermoso. Sostiene el Dr. González, en base a un prolijo cotejo de las piezas procedentes de las antiguas capas pampeanas con las halladas en abundancia en distintos lugares de la Provincia de Buenos Aires, que en razón de su similitud tipológica, aquéllas no pueden ser muy remotas.

Los capítulos siguientes, los dedica el autor a hacernos conocer la distribución de la boleadora en América del Sur, México, área del Caribe, América del Norte, África, Asia, Oceanía y Europa. Como es lógico suponer, un estudio que pretende abarcar ambientes geográficos tan amplios y diversos, no permiten a un solo investigador cumplir con ese cometido en la medida deseada. Ya lo manifiesta el Dr. A. R. González en distintas oportunidades y espera de los especialistas nuevos aportes que contribuyan a resolver problemas aún pendientes.

El área de distribución arqueológica de la boleadora en Sudamérica corresponde bastante bien con la información etnográfica e histórica. Abarca toda la zona de la cordillera andina, desde Ecuador hasta Tierra del Fuego, el Altiplano, las Llanuras Pampeanas y la Meseta Patagónica. Es de particular interés señalar la posible persistencia de la boleadora para pájaros, de tipo esquimal, en las zonas del Altiplano de Bolivia, Patagonia y Chile, donde su presencia debe confirmarse con nuevos hallazgos. En Centro América las boleadoras se han encontrado asociadas con las altas culturas, mientras que en el Caribe pertenecen a las culturas de los cazadores. En América del Norte nada dice la información histórica sobre la existencia de la boleadora, salvo en el área esquimal. Sin embargo el autor presume que por hallazgos arqueológicos realizados en California y Nuevo México varias piezas podrían ser consideradas boleadoras por sus características morfológicas y algunas